



El glorieta

Ernesto Zavaleta

Cocodrilo Atrabiliario

El Glorieta (Fábulas posmodernas)

© 2009, Ernesto Zavaleta

Por esta edición e-libro

© 2012, Cocodrilo Atrabiliario

cocodriloatrabiliario@yahoo.com

Hecho en México

Visite la página de Cocodrilo Atrabiliario

<http://cocodriloatrabiliario.tripod.com>

El glorieta

Después de vivir durante años una despreocupada pero sosa existencia, cierto día un joven ocioso se puso a pensar en la cantidad de bribones que se dan la buena vida y que, no obstante la vacuidad de sus prendas, cuentan sus seguidores por hatos y se les endiosa nada más por, como quien dice, adoptar una pose.

Fue así como este frívolo muchacho echó en falta algo en su vida, y se preguntó por qué él no podía también ser causa de admiración; y así, el cerebro le chasqueó con la feliz ocurrencia de exhibir su pasividad a la vista de todos, a ver qué cosechaba. Para tan encomioso fin, trepóse sobre un banquillo de pino en medio de la avenida más infestada, por todos los flancos, de automóviles irreverentes a las regulaciones viales, en donde posó con la conciencia del peligro que corría, pero también con la augusta satisfacción de erigirse en monumento al estoicismo y ejemplo para la posteridad.

La verdad, con su pose de danzarín escu-chimizado encaramada al medio de esa rúa olorosa a los agrios efluvios de los autos, más bien dio un aspecto ridículo ante las miradas sorprendidas de las personas que vagaban por las aceras y puentes, y de quienes circulaban veloces por aquella vía.

No es para sorprenderse, pues, que lo absurdo de su pose generara el desprecio del público en general y de los conductores en particular, quienes ni por un momento redujeron su velocidad y hasta se permitieron la diversión malsana de hacer fintas de embestir al joven metido a glorieta, para quien esa reacción era la prueba irrefutable de la escasa educación de sus paisanos, a quienes consecuentemente ahora había decidido educar.

Los automóviles pasaban rozándolo, a punto de arrollarlo y mandarlo al no vuelvas, mientras el joven ya reculaba mentalmente de su empeño. Una última arremetida de cafre le hizo al espontáneo glorieta pelar tales ojos de impresión ante la desgracia inminente, ese accidente vial que estaba a punto de provocar el salvaje conductor, y elevar de tal manera sus manos para contener el alarido que su garganta ya profería, aterrada por el impulso homi-

cida que hacía al hombre aplastar el pedal y lanzarse como un bólido exterminador contra el indefenso, que logró quebrar la violencia del automovilista, y hacerlo recobrar el sano juicio y reducir la velocidad del vehículo.

Como todo suceso siempre viene embarazado de otros, los demás conductores comenzaron a manejar más despacio y consideradamente para los peatones, al grado de que uno hasta descendió de su auto y, con mayestática rodilla en el pavimento y cabeza humillada, le indicó a una viejecita la cesión del derecho de paso. Así, en pocos minutos, esa vialidad se convirtió en ejemplo del buen conducir.

Más tardó el glorieta en crear conciencia entre los conductores que circulaban por ahí, que arremolinarse la gente en torno de él, asombrada de la hazaña de este héroe inusitado, al que más de uno ya miraba con dotes de prohombre y hasta de futuro presidente.

Comenzaron los aplausos y los vivas, silenciados de inmediato, no obstante, para no perturbar la concentración de ese insigne artista de la calle. Pero entre tanto comentario soterrado, acabó haciéndose un runrún que circuló por toda la ciudad hasta llegar a los oídos de la prensa, que ni tarda ni perezosa

se presentó acompañada de fotógrafos para hacer del glorieta materia con que llenar las planas de esos periódicos que nomás sirven para envolver papayas. También se dejaron venir las televisoras locales que, entre repeticiones de telenovelas y programas de concurso reciclados, transmitieron el suceso para solaz y ejemplo de aquella provincia.

La difusión del acontecimiento dio lugar a la jerigonza de comentaristas de toda tendencia ideológica y calidad intelectual. Se encendió el debate entre los más vociferantes, sin faltar el amargoso que, apoyado en exóticas teorías sociosicológicas, de la semántica del poder al holismo, dio la exégesis crítica sobre el joven estático, al cual denunció como signo del conformismo imperante en la época.

En cambio, al gobierno le encantó la genial ocurrencia del chamacuelo de marras y decidió contratarlo, tras largas horas de cabildeo y estires y aflojes, para que se desempeñara permanentemente como glorieta. El muchacho no se hizo nada del rogar para aceptar, y ya que firmó contrato, se le asignó un salario, aunque no muy abundante, para no sangrar más la economía del erario, según puntualizaron los que reparten las tajadas y siempre se llevan la mayor parte.

Las quincenas zumbaron de rápidas. Al cabo de tanto escándalo, el suceso pasó de anécdota moralizante ubicua a nota en pie de página. Pero nuestro heroíno continuó con su faena a lo largo de las semanas con ubérrimo entusiasmo, ¡cómo no!

Cada mañana improvisaba una figura nueva con su cuerpo, que equilibraba inmóvil sobre el insignificante banquillo de madera. Lo curioso es que, así como le daba miedo el feroz tráfico, que hacía zumbarle el aire en los oídos como un coqueto silbido de muerte, mientras se quedaba girando sobre su eje, a fuerza de estar vuelta y vuelta como trompo chillador, se regodeaba en el pensamiento de que el mundo comenzaba a moverse a su alrededor y de que a la postre todo dejaría de estar en su lugar si no fuera gracias a él.

Las poses que adoptaba el ahora engolado chamaco eran múltiples. Un día era cualquier héroe quijotesco; otro, el libertador de la nación o el descubridor de continentes. Pero siempre era maravilloso verlo cada jornada representar un personaje distinto e irrepetible sin emplear instrumento alguno, sino únicamente su cuerpo; y así, era tal la gracia de su rostro, el garbo de su pose y la fuerza de su

mímica que, pese a lo enclenque de su figura, convencía de ser el mismísimo Hércules.

A fuerza de constancia, poco a poco nuestro paradigmático joven vio crecer el número de sus admiradores entre los autoconsiderados vanguardistas, los más rancios *sine nobilitate*, los diletantes y los intelectuales de salón donde el glorieta se volvió riguroso tema de sobremesa. Su fama prosperaba, pero todavía no en la medida que deseaba el ambicioso mozuelo, quien abrigaba sueños de gloria nacional y, por qué no, universal. Sin embargo, estaba feliz de ver que ese su mundillo giraba cada vez con mayor fuerza, de modo que, mareado con su éxito, ignoraba que tan sólo era el endiosado campeón de una masa de inútiles.

Pero no todos sus admiradores eran dignos del desprecio, ya que el mancebuelo se ganó también la admiración y estima de los más humildes por su habilidad de permanecer estático durante tanto tiempo, así como por su nobleza de espíritu, luego que decidió donar su magro sueldo al asilo de ancianos y vivir de la caridad pública, la cual, por otra parte, era más que generosa y le redituaba muy buenas ganancias.

Conmovida y admirada por las acciones ejemplares del glorieta, la gente empezó a

presionar a las autoridades “porque había que construir a su alrededor”; construir, pues, un jardín en medio del cual nuestro héroe pudiera desempeñar su trabajo de manera segura. Y para dar fuerza a la exigencia popular, se organizaron marchas, concentraciones altisonantes y toma de calles y plazas.

Como es de rigor en tales casos, el gobierno hizo gala de fariseísmo dándoles promesas vagas a los manifestantes, pero al vencerse el término perentorio, en plenos tiempos electorales, por fin accedió a la demanda del pueblo e inició las obras para la glorieta.

Nuevo ejemplo dio el joven ejemplar, pues ni por un momento relajó el denuedo durante la construcción de su glorieta. Qué va, cómo iba a dejar al garete tan noble tarea que se echó a cuestras para ser el faro de sus conciudadanos. De ningún modo. Así que, mientras duraron las obras, continuó adoptando sus poses a la de “retírese un poco hacia allá, señoría”, “mañana no vengas que nomás estorbas” y “¡carajo, que no vinieras!”. Y cuando la obra se acabó, nuestro protagonista siguió posando sobre su banquillo, porque a los muy brutos ingenieros se les olvidó el pedestal.

Las obras espartanas, mas augustas, con-

cluyeron en pocas semanas: un jardincillo con radio de tres metros. Azalias, arbustos. Un espacio vacío en que posar el banquillo de la celebridad. El día de la inauguración, el joven excelso se trepó majestuosa, parsimoniosa, beatíficamente al maderamen de su podio, bien derecho y con los brazos extendidos, como un Cristo importado de Brasil. Y manteniéndose el jovenazo en tal postura edificante para las conciencias de aquel país apostólico y romano, ocurrió un suceso que para muchos representó el epítome de la penetración que acometen forasteros facinerosos. Se le acercó una vecina del Potomac, una linda hija de los U.S.; para hablar con propiedad, una *usian*. En corto, una güera gringa de ojo oscuro cuyo cuerpo era un escándalo y hacía juego con el de nuestro escultural heroíno, aunque lo escultural del joven debe entenderse con cierto matiz, pues mientras la güera de veras estaba para ser vista con la piel a la luz del sol, el mozuelo de estatuario sólo tenía el engarrotamiento.

La muchacha se le acercó al joven ídolo con gesto de enamorada, oliendo como un mango anaranjado, muy apetecible su grácil figura, ataviada en un vestido de seda blanca que flotaba al aire. Ya al lado del ídolo, le murmuró

algo al oído; palabras que al joven le hicieron sudar y casi perder la compostura. Ella rió, feliz, y con lo que sería santa devoción si no fuera por la naturaleza de la acción que se proponía, le extrajo la viborilla del pecado original como para que se le oreara. El mozuelo, viéndole aquellos ojos azabache a la güera, sintió una necesidad indefinible, oscura como la noche de aquellos luceros, de que no apartaran su vista de él jamás, de abrir una compuerta en ellos para entrar en asalto y seducir la voluntad de la criatura. Y la muy hechicera entendió lo que provocaba, porque, con ironía perversa, empezó a canturrearle una tonadilla sensual mientras el ídolo se quedaba ahí, todo impotente, inmovilizado como torre de mármol, con la naturaleza engarrotada en cuanto la muchacha acometió un acto de atrevida lubricidad.

El mozuelo permaneció inmóvil ante la contemplación de los cabellos rubios sobre los hombros, redondos y tostados de sol, y mirando los ojos oscuros de la rubia con la lucecita tan pícara y rielante, mientras los pechones de ella ascendían y declinaban al ritmo de la lujuriosa sofocación con que amenazaban reventar la blusa de holanes que los mantenían prisioneros. Apenas esas manecitas de garras

rojas le tomaron cautivo de su dardo de amor, sintió convertirse en un Ulises atado a una estaca, allá en la isla de las sirenas, mientras se lo devoraba la más perversa.

No hay palabras, ni somos poetas o de perdido filólogos, para describir el placer embriagante, como si se hubiera bebido una jarra de licor de frutas, acaso una vodkita con un ligero toque de cerezas, que sintió el mancebo al mirar los muslos firmes y atezados que sobresalían de la abertura del fino vestido. Nada más de verlos, provocaban que la voluntad se le hinchara con pretensiones hercúleas, y así las manos de la güera se abrieran en flor, como cáscaras, para mostrar la fruta con que la muy golosa estaba deleitándose.

La rubia entregó sin empacho sus labios ardientes a la felación de ese su fetiche del placer con sabor a mamey que para ella era aquel joven ejemplar. Remataba su perversión con la calidez de la lengua, y el ídolo, extasiado, sólo se dejaba hacer y rehacer, pasar y repasar los puntos más sensibles de su esculturez, hasta que a la gringa se le dio la gana de guardarle el fruto y despedirse de él con sicalíptico ósculo en plena boca.

Luego de soportar estoicamente esa violencia que se le hizo, nuestro heroíno se quedó

suspirando y henchido todo de amor, sufriendo un deseo despierto para el que no vislumbraba satisfacción. Toda la tarde se la pasó suspirando y anhelando el pronto regreso de aquel demonio que ya lo había perdido. Las horas se le volvieron una tortura hasta que vio llegar el crepúsculo y el fin de su faena cotidiana. Y al cabo, bajo la noche estrellada, comenzó a buscar a su güera hasta entre las prietas, cuestionando a medio mundo, que no reconocía a su lumbrera una vez descendida del pedestal y hasta se burlaba. El glorieta preguntó por ella en los hoteles; se puso a espiar afuera de aquellos donde no le contestaron; entró a saco a donde lo corrieron a patadas; inquirió a turistas y paisanos; a los choferes, ruleteros y arreadores de burros; se metió en las estaciones del metro y la buscó dentro de los túneles con la débil luz que le daba un cerillo en la mano; la voceó por calles, corredores y callejones, e incluso se subió a la cúspide del edificio más alto para saltar lo más que pudo en un intento de encontrar entre las nubes a la diabla que era su maldición.

Finalmente, en un barrio que apestaba a pescado podrido, depauperó su amor con una piruja gorda y cetrina, quien tras una hora de arremetidas y lamidas mediocres terminó

mandándolo al carajo, quesque porque ella no se acostaba con mujerucos y a la cual de todos modos tuvo que pagarle aunque fuera mal sucedáneo de la rubia de ojos oscuros.

Y como si nada, al día siguiente ahí estaba nuevamente la susodicha, fragante como duraznos y jazmines, tomándole fotografías a nuestro heroíno, mientras este no podía mover ni los labios para rogarle que permaneciera a su lado. La hermosa exhibía la misma mirada destellante y pícara, sus muslos tostados y sus exultantes pechos que le gritaban para que se los acabara con fruición aunque los tuviera amordazados con mil blusas de holanes que dejaban a los hombros dorarse bajo el sol.

El mancebo, sin hacer, eso sí, el más leve movimiento, maldijo la hora en que se le ocurrió representar ese día a san Pío el casto y puro, quien murió sin ceder a las tentaciones que le ofrecieron todas las sirenas, ninfas y bacantes del mundo y del infierno, incluida esta que ahora tenía delante, y por lo cual se ganó el cielo, la comunión con los santos y la gloria por los siglos de los siglos.

La güera sirena continuó fotografiándolo mientras sus pechos le cantaban al mozuelo: "triste viajero, acércate a esta orilla, la tierra

del placer donde todo se olvida". Y él nada más pensaba en tenerla cerca, y se reconcentraba en los muslos que imaginaba contra sus caderas y en la visión completa de ella que lo henchía de amor y lo dejaba deseoso y pensando que en la noche sólo tendría una furcia horrible.

De todas las fotos que la güera tomó del santo y casto varón, se publicó una sola, que le dio la vuelta al mundo más rápido que una postal de la más reciente adquisición de la pantalla cinematográfica enseñando su apetecible cuerpo a los devoradores de imágenes, y que le dio renombre mundial a esta ciudad innominada en la que a cierto ocioso y frívolo muchacho se le ocurrió hacer de ídolo. De todos los rincones del mundo acudieron miles de visitantes que deseaban contemplar al jovenzuelo moralizante de esmirriada figura, quien cada día se las ingeniaba para llevar a cabo sus visiones.

Ahora sí, tal fuerza cobró la fama del glorieta que ya se le consideraba el símbolo de la nación y podía verse la imagen del mocetón este en las monedas de cuño reciente o en la publicidad de agencias viajeras, como si fuera la *Eiffel*, el *Big* o la *Liberty* local. Con el enjambre de extranjeros, las divisas entraron cual río salido de madre por el monzón, lle-

vándoles prosperidad y bienestar a quienes se encargaban de administrar la feria. Y nuestro mozuelo, ni cuenta se daba de ello ahora que su fama era segura, ya que sólo soñaba con su rubia de ojos oscuros.

La foto de su descubridora también se publicó en infinidad de revistas, exhibidas en los kioscos de todo el orbe, pero fue en el último estanquillo del fin del mundo, *dixit* del nuevo ombligo del planeta, en vista de los últimos acontecimientos del panorama internacional, en donde el ídolo apropióse de un ejemplar sólo por conservar la portada y retirar de la pared de su ermita la imagen de Guadalupe la virgen, para adorar en su lugar a la de Sirena la güera.

El mozuelo pasaba las noches velando la imagen de su amada, amanecía perdido en la contemplación y así quedábase hasta que se marchaba a su diaria faena, para la cual su rubia le era inspiración.

Estaba embriagado con la sola rememoración del aroma a frutas en la suave piel de la güera, a la que imaginaba desnuda, bajo los destellos rojizos de la tarde, lista para entregarse al sensual ritual en el que dos se funden en un solo cuerpo; y tal calentura por estos ensueños le dio al joven ejemplar, que un día se le ocurrió convocarla

subiéndose a su banquillo todo pelado y crudo como su madre lo echó al mundo.

Ahí, sobre su pedestalillo, el mozuelo colocó un pie delante con el empeine levantado; el otro, atrás, perpendicular; una mano la posó muy coqueta sobre la cintura; alzó su brazo derecho, apuntando con el índice hacia una estrella lejana, y elevó con fuerza la barbilla endeble. Era una facha de atrevimiento.

La gente se reunió alrededor del osado chamacón, con gesto desencantado luego de ver ese cuerpo expuesto y escuchimizado, esa burda honra, tal celebración de la obscenidad. Pero lo que de plano los calentó porque era un vil cachondeo, fue el extático y orgulloso rostro del gurrumino, quien parecía haber olvidado en medio de quiénes estaba y para qué se le permitía adoptar sus fársicas poses: encarnar los valores más altos y nobles.

Arremolinado ante el fresco mocetón, el pueblo de Dios hizo llover su ira con siete plagas sucesivas: lo insultaron, lo escupieron, lo apedrearon, lo enlodaron; le aventaron legumbres podridas, lo bañaron en agua helada y lo amenazaron con la excomunión.

El paladincete recibió incólume la maldición popular; más aún, entre mayor era el

denuedo de sus críticos, más empeño ponía en mantener la pose.

¡Bájate, cochino!, le gritó un paterfamilias sacándose un puro de entre los labios y exhalando palabras que apestaban a mierda. El ídolo únicamente lo miró de reojo y de inmediato tensó los músculos.

¡Que te bajes, pelado!, exigía un grupo de muchachas afiliadas a la congregación de la causa perpetua, quienes de hecho se treparon al banquillo, aprovechando cada milímetro cuadrado para posar sus piecitos, en un intento de hacer que descendiera del pedestal aquel que ya no tenía derecho de ascender.

Ni entre todas lograron bajarlo, pues el ídolo se mantenía muy firme en su postura, y para colmo se le afirmó cierta parte del cuerpo, que de pronto se le elevó, larga y dura a grado tal que por poco atraviesa a una chiquilla.

Continuaron los insultos y los amagos por remover al ídolo del pedestal, pero entre más le hacían, el cuerpo más se le iba tensando y adquiriendo consistencia marmórea hasta convertirse en una sólida estatua.

En el caos, se creó el mundo nuevo.

Las nubes se inflamaron en el cielo, cubriendo de sombras marrones, como sangre

coagulada, a la ciudad. Sopló el huracán, desnudando a los árboles. Truenos y relámpagos rugieron como bestias apocalípticas, espantando a la plebe; algunos se postraron en el suelo rece y rece, mientras otros pegaron la carrera de ida y vuelta a la glorieta para llenarla con cirios y veladoras cada vez de mayor tamaño, cada vez más luminosas, cada vez más calientes, como una manera de expresar el creciente fervor de sus corazones.

Se había realizado un prodigio y era necesario celebrarlo. La devoción popular dio pie a cánticos de alabanza y danzas folclóricas en honor de la nueva deidad propiciatoria. Tambores resonaban en ritmos mántricos mientras las jóvenes ejecutaban bailes salvajes y atrevidos. Se trajo el vino, el mezcal y el pulque. Se tronaron cohetes, se comió con gula faraónica y al final cada quien escogió una pareja propiciatoria para sacrificarla simbólicamente al ídolo. La ciudad se convirtió esa noche en un inmenso lupanar en que todos los habitantes yacieron sin respeto a la amiga, a la hermana o a la propia madre.

¡Mirad su ejemplo y haced lo mismo!, clamó un alto sacerdote, quien de pronto reclamó la propiedad del ídolo.

¡De ningún modo!, vociferó un demagogo,
¡el ídolo le pertenece al pueblo!

¡Es mío!, chilló una arpía a la cabeza de un
grupo de monstruos.

¡No, es mío!, aclaró alguien más.

¡Es mío!

¡No, mío!

¡Mío!

La fuerza de los reclamos se materializó en
cuchillos deseosos de hundirse en las carnes
de los enemigos. La celebración del prodigio
acabó en masacre.

Con el transcurrir del tiempo, el ídolo
se hizo mito universal y motivó el debate lo
mismo entre lumbreras genuinas que entre
intelectuales *posseur* y estudiantes y profesores
de universidades de todo rango.

Se contaban como granos de arena las
tesis y debates sobre la vida y obra de la an-
tecrónica lumbrera, pero nadie, entre tanto
pensador, fue capaz de dar una explicación
medianamente satisfactoria de cómo fue que
un único ídolo obsceno diera al traste con toda
una civilización.

El único que medio le atinó a la cuestión,
fue un semiólogo alemán de nombre impro-
nunciable, con resonancias wagnerianas, cuyo

cacumen sólo le alcanzó para discernir que el Occidente era una Medusa de buen talante.

Cierto colega suyo, francés, replicó "*cherchez la femme, ne c'est pas?*", lo cual le valió sonoras réplicas y bofetadas de académicas feministas fanatizadas por las perspectivas de género, a las que llamó al orden un filósofo, quien señaló –con certero aforismo lanzado al azar– la manera en que la gente es capaz de irse a las cachetadas por sus ideas.

En el mismo tono polémico se desarrollaron multitud de seminarios, diplomados y desencuentros; todos, igualmente inútiles. Y cuando las peroratas llegaban de nuevo a un punto candente, alguien propuso ir a la raíz misma de las cosas, y buscar por todos los medios y metodologías concebidas la mítica estatua, para aportar luz sobre la cuestión.

La idea fue calificada de idiota por los apocalípticos de siempre, pero recibió muy buena acogida entre los integrados que no faltan, por lo que se conformaron sucesivas expediciones de arqueólogas, historiadoras y semiólogas; sólo mujeres, pues se estableció que eran las únicas que podían aportar objetividad al resultado de la investigación, toda vez que, sin duda, el ídolo en cuestión representaba

el epítome de una cultura machista de la que debíase abjurar.

Un primer grupo de expedicionarias viajó a la selva geológica en la que hipotéticamente se hallaba la ciudad en que surgió el ídolo y que había sido devorada por la naturaleza. La buscaron mediante complicadas operaciones geomáticas, aunque desde los aires no se veía nada, sino vastas arboledas recubiertas por gruesos copos de neblina, montañas humeantes y ningún rastro de civilizaciones antiguas.

Tras siglo y medio pesquisas, se decidió penetrar en una zona en la que se calculaba debía hallarse el tesoro. Un golpe de machete destrozó la cortina vegetal, mostrando una güera de ojo oscuro enfundada en minúsculos pantalones caqui, un top de encaje negro y botas de montaña. Detrás de ella venía una caravana de rubias idénticas en fisonomía e indumentaria, cuyo paso era un prodigio, no tanto por sus espléndidas figuras, dignas de una pasarela en lencería, como por los efectos que su avance causaba en el entorno: a cada zancada, la maleza reculaba y las lianas y el heno de los ahuehuetes se desvanecían.

Poco a poco, las ruinas de la milenaria ciudad perdida surgieron a la vista de las ex-

ploradoras. Y así, en el momento en que menos lo esperaban, apareció ante ellas.

Cubierto con la herrumbre de los tiempos, el ídolo se alzaba beatíficamente, apuntando con el índice hacia un frustrado ideal. Las exploradoras lo miraron una y otra vez mientras caminaban en círculos alrededor de la efigie, extasiadas, sin acabar de creer que habían encontrado el último vestigio de una civilización muerta hacía siglos y el *deus ex machina* de su propia destrucción.

Acamparon en el lugar, que pronto acondicionaron a sus necesidades, aunque lamentablemente confiadas de más ante los peligros inadvertidos que las rodeaban, como comprobó la inglesa que en tan sólo dos segundos se zambulló en una trampa de arenas movedizas, sin que nadie pudiera evitarlo.

Nadie guardó más de un minuto de duelo por la compañera desaparecida, ya que tenían prisa por iniciar labores.

Restaurar el esplendor de la estatua requirió un complejo proceso a base de hidrógeno líquido, rayos láser y jabón neutro a mano, proceso este último no muy recomendable por sus efectos abrasivos, aunque leves, pero que de cualquier modo no dudaron emplear,

especialmente en el largo y ancho falo que se le erguía a la estatua.

Las faenas duraron varias semanas, supuestamente porque había partes muy delicadas a las que había que dar especial tratamiento con el jabón, y para lo cual se turnaban, siempre con un gozo inefable cuando las acometían. Y así, cierta mañana luminosa, una de las expertas, para más señas la escocesa, una carilinda pelirroja de enormes ojos verdes que olía a leche fresca, cayó en la cuenta de que la estatua estaba viva, pues le arrojó un chorro de materia fundamental sobre su muslo derecho, salpicándole incluso sus hot pants del clan McGregor.

La joven se irguió para auscultar la estatua, lo que la hizo descubrir que el ídolo, además, exhalaba un dulce aroma, que le penetró por la nariz y le encendió un deseo preternatural, tan acuciante que la hizo perder el sentido.

Varios minutos después, una vez recordada del soponcio, procedió a desnudarse, y en tal guisa, fue a contarles el hallazgo a sus compañeras, quienes viéndola así, encuerada, se guardaron sus reservas, pensando que la escocesita andaba hecha una cuba merced al whiskey al que era tan aficionada. Pero la

señorita Escocia insistió en su versión con tal denuesto, que un grupo de eruditas procedió a examinar, nomás por no dejar.

El análisis científico determinó que la figura era dura al tacto, como corresponde a toda pieza de mármol que se respete, pero que al alzarla era tan ligera como una esponja, como una nube casi, y que incluso se le podía sostener sobre la punta de un dedo tanto tiempo cuanto habilidad se tuviera para mantenerla en tan estupendo malabar.

Pero la ligereza del ídolo no fue lo único que encantó a las mujeres. Todas ellas sucumbieron también al aroma que causó el desmayo a la escocesa. El ídolo tenía un poderoso olor a manzana, una manzana que, si bien su piel se antojaba de un rojo lustroso, jaspeado con tonalidades verdes y blanquecinas, no era una manzana cualquiera, sino un fruto recién cortado, bajo las frescas emanaciones de la mañana, directamente del árbol por el que se perdieron nuestros primeros padres, y por el que a partir de entonces todas las exploradoras estuvieron prestas a desnudarse.

La leyenda y prenda del ídolo dio un nuevo giro inevitablemente, y las infectó, haciéndolas sucumbir a las apetencias de la carne.

El Sol y la Luna atestiguaron la nueva caída; la pleamar de la pasión y su apremiante permanencia. Poco era el tiempo de que disponían para andar una por una, en frenética procesión, y entregarse en tributo al petrificado mancebuelo. Pero como nunca era suficiente la satisfacción de su deseo, no tardó en surgir entre ellas el egoísmo y la envidia más corrosiva.

Apenas acababa una con su faena lúbrica, cuando ya quería empezar de nuevo, pero era impedida por una y otra, y debía esperar su nuevo turno hasta que las agujas dieran el círculo completo y le señalaran la llegada de la hora luminosa. Mientras, su ardor no tenía otro remedio que la autocomplacencia, e incluso entre ellas se atemperaban los apetitos entre los arbustos, jadeando ansiosas por la impotencia del sucedáneo y deseando más y más el jugo de la vida.

Todas comenzaron a incubar un anhelo de suprimir a la que le estorbaba. La idea, surgida como un genio maligno, como un hálito informe en el epigastrio, comenzó a tomar forma y a parecer cada vez más natural e inevitable. A la postre, estalló un conflicto internacional en el que las mujeres de un hemisferio se desgñaron con las de antípodas por la posesión del último varón marmóreo.

La guerra degeneró en verdadero genocidio, en el cual multitudes murieron apaleadas, acuchilladas o destrozadas. Sólo sobrevivieron nueve, que por pura conveniencia de conservación se agruparon en tríos, pactaron el cese del fuego e iniciaron negociaciones para decidir cuál camarilla se quedaba con el ídolo.

Acordaron, en principio, vigilar la estatua día y noche con el fin de evitar un saqueo, y conformaron grupos de relevo con una representante de cada parte, para seguridad de todas. Pero más que cuidar al ídolo, se cuidaban unas de otras, desconfiando permanentemente hasta de la propia sombra.

Por supuesto, nada podía resolverse en esa atmósfera enrarecida por la codicia, la desconfianza y la intolerancia, así que las negociaciones se estancaron ante la necedad de las partes en conflicto, acusándose mutuamente de ficticias violaciones al cese de hostilidades. Comenzaron a crujir las lanzas, cuando el más ladino de los grupos planeó robarse el ligero tesoro.

Ocultas bajo las sombras de la noche, que -no obstante lo que estaba a punto de suceder- olía a la paz de la tierra húmeda, las ladronas se movieron ágiles y silenciosas como gatos,

sorprendieron a las dos guardianas contrarias a su camarilla, asistidas por su quinta columna enquistada en el grupo de vigilancia; y antes de que las asaltadas pudieran gritar por auxilio, fueron amordazadas con trapos de lona y atadas con sogas de nylon.

Tras someter *a* y apoderarse *de*, las malandrinas procedieron a su igualmente silencioso escape, mientras las prisioneras intentaban con todas sus fuerzas librarse de las cuerdas que ceñían sus brazos y piernas.

Pero no estaban destinadas a salirse con la suya las traidoras, debido a la inoportuna tosesilla que una de ellas dejó escapar cuando el aroma de un eucalipto irritó de más sus pulmones sensibles.

Las que estaban dormidas, se levantaron como resorte sólo para descubrir el nefando intento e iniciar una persecución por en medio de ese añoso bosque de laureles desaliñados y barbados como inmensas raíces de ginseng.

Mientras unas procedían a sus respectivas acciones de escape y de acción punitiva, otras, las que estaban atadas, lograron soltarse, para de inmediato unirse a los acontecimientos.

Para entonces era la malaya quien llevaba la delantera, con el ídolo acunado en sus

brazos, seguida de cerca por la francesa y la japonesa; rostros descompuestos por el afán de venganza, que gritaban imprecaciones y lanzaban golpes al aire con filos hambrientos.

Violencia era el signo aquella noche mortecina en que, bajo un cielo amarillo, resonó la alharaca no sólo de las mujeres, sino de las criaturas de la selva, que escapaban aullando, gruñendo o graznando de aquellas hembras que se perseguían para asesinarse.

Dos monos ululantes atestiguaron asombrados el momento en que la malaya fue atrapada por sus perseguidoras ante una muralla de enredaderas. Y como si se tratara de una competencia a muerte súbita, contemplaron cómo en el último instante, antes de que procedieran a acuchillarla en el desnudo vientre, suave como el satín, la acorralada *playmate* le lanzó el fetiche a la competidora de Polonia, mientras la filipina y la rusa tenían ya sometida a la paseante de la Casa Blanca, a quien intentaron lazar a un árbol. Y lo hubieran logrado, si no fuera por la maniobra contra el juego limpio que hábilmente realizó su prisionera, quien les dio a sus captoras tremendas coces en las rodillas, de manera que la hija de la madre Rusia y la hija olvidada de

la Nueva España se precipitaron a besar el lodo, no pudiendo sostenerse con las piernas quebradas. Y ya en el suelo, la gringa se dio maña de liberarlas a ambas de la existencia con certeros cortes en la yugular.

Por su parte, o como quien dice en otra zona del *campus bellis*, luego de matar a la malaya, la japonesa se dio cuenta del fin lógico al que conducía aquella cadena de sucesos, así que, sin pensárselo demasiado, le hizo a la francesa una demostración in corpore del antecrónico *seppuku*.

La Marianne quedó más que convencida de la eficacia de ese método para suicidarse sin sudar, aunque lamentablemente ya no pudo ponerlo en práctica o enseñárselo a alguien más. De la misma manera, la japonesa no pudo repetir sus enseñanzas, pues una lanza que cual soplo le atravesó el abdomen, le retiró a un tiempo la licencia y la facultad.

Se desplomó.

Antes de morir, la Srita. Sol Naciente escuchó el equívoco ronquido de lo que parecía ser un enorme y feraz felino, así que el miedo a ser devorada le disipó el dolor que le comía el estómago. Una figura merodeaba. Borrosa, negra. ¿Era un tigre? ¿Un demonio? ¿Por qué parecía un ser

antropomorfo? Era su asesina, *Miss Washington*, quien se le acercaba con petulancia para recoger la lanza, sin duda para rematarla.

La agonizante japonesa vio el rostro que la miraba con satisfacción. Y por último, atestiguó el oportuno resarcimiento que le concedió la pantera negra que se le abalanzó a la súbitamente aterrada occidental.

Las bajas del conflicto se tasaban en una equivalencia con el oportuno deceso de dos integrantes de cada uno de los equipos que se disputaba el trofeo. Por las perseguidoras quedaban sólo la inglesa y la checa, y por las ladronas, la polaca. Así que de cualquier modo iba a ser Europa la ganadora en esta improvisada, sangrienta y no obstante erofílica competición mundial en la que la polaca literalmente ya entregaba la vida intentando escapar de las Amazonas que corrían detrás de ella prestas para asesinarla y hacerse del botín.

Los músculos de las piernas le dolían ya a la Waleska, hinchados por el esfuerzo a que los sometía. Por un instante, instintivamente, se miró los muslos mientras corría: turgentes, lustrosos con el sudor y el rocío que atrapaban en la huida, y encendidos con el color que la sangre les inyectaba en su ritmo frenético;

ascendiendo y descendiendo, como bielas impetuosas, ciñendo la mata musgosa de su pubis. De tan acelerado, el corazón parecía darle un único palpito por hora, un palpito que amenazaba con atravesarle el pecho y hacerla eruptrar las vísceras.

Tenía tanta necesidad de cesar, tanta avidez de descansar sus miembros y olvidarse de todo en medio de ese bosque tan apacible que olía a mojado; pero no podía detenerse, porque en ello le iba la vida; no podía detenerse, porque sus perseguidoras inmisericordes la asesinarían a sangre fría con ese doloroso cuchillo que iba a picarle el cuerpo, que iba a hacerla perder el sentido para no recobrarlo jamás. Y sin embargo, estaba ya tan cansada...

La inglesa también estaba agotada físicamente, pero extraía vigores renovados del odio que encendía su corazón y del egoísmo que la hacía incubar propósitos homicidas no sólo para la polaca, sino para la checa, su compañera en la persecución, de quien asimismo adivinaba sangrientas intenciones en el sordo brillo que le eclipsaba las pupilas.

La carrera no podía prolongarse más en esas condiciones, pero ciertamente se hubiera prolongado hasta que una o todas reventaran,

si no hubiera sido por una roca providencial que alteró súbitamente la acción, una roca oportuna con que la polaca tropezó, haciéndola descarriar el equilibrio, precipitándola al fondo de esa insondable garganta que de pronto se abrió tras el follaje para tragársela, y exponiendo a la frágil estatua a la misma fuerza de atracción terrestre.

Las perseguidoras saltaron a un tiempo para evitar la roca, pero también se abalanzaron a la profundidad, no pudiendo contener la carrera que llevaban. Cayeron justo detrás de su enemiga y del ídolo que se había convertido para todas en obsesión y por cuya persecución habían acabado despeñadas. De las tres se hizo una sola voz que gritó mientras se miraban con lágrimas aterradas, sintiéndose las tres como petrificadas, tan sólidas, tan quebradizas sin embargo. Y todas, apresurándose en trayectoria directa e inevitable hacia el duro suelo del abismo.

*El Glorieta, e-libro,
se realizó en mayo de 2012,
en Cocodrilo Atrabiliario,
San Luis Potosí, S.L.P., México.*